



Neruda en la Fragua

A sus 50 años, y ya avizorando los peligros de convertirse en una suerte de fetiche institucional, Pablo Neruda llega a decir de sí mismo: «He ido dejando atrás, uno por uno, mis libros, sustituyendo, reconstruyendo cada vez más el sentido y la forma, soy el más grande adversario del nerudismo». Obviamente que está tratando de rehuir la fosilización de la canonización académica; él, como buen poeta que coquetea con las expresiones más granadas de la tradición poética occidental, no se podía permitir el lujo de dejar de ser ese «viajero inmóvil».

Esa misma «tentativa del hombre infinito», que lo asedia desde el «crepusculario» de sus primeros versos y rimas clásicas, acecha, a la mitad de los años que tenía el poeta en la cita anterior, y hace veinte años atrás, a un grupo de audaces jóvenes que, a golpe y verso, intenta irradiar una poca luz en lo que por esa época se llamaba «apagón cultural» (pensando ingenuamente que con el fin de la dictadura se haría la democrática claridad). Ya no somos los de entonces, ni nuestro Neruda es el mismo: el tiempo lo ha recubierto todo como una pálida tempestad de arena. Al igual que nuestro poeta, hemos estado sometido a voluntarios y obligados cambios vivenciales y existenciales: algunos persistentes aún en el compromiso del aguijoneante oficio de la escritura, a pesar de que nuestras ligazones tiendan cada día más a la precariedad de las incertidumbres y a pesar de que nos hemos también visto acuciados por los ingentes desafíos que cotidianamente nos arroja el loco carro de esta extraña modernidad, que tan deslumbrados tico a los «padres» y administradores de este país (que, independientemente del sistema, se siguen sentando en los de abajo, al decir de Parra).

Neruda, en ese entonces, nos condujo por los vaivenes de su discursividad poética, por los de sus veleidades personales y por el oculto correlato de su compromiso político. De la celebración carnal, el erotismo, en fin, del pasco libidinoso por las zonas erógenas del voluptuoso cuerpo femenino de Veinte poemas de amor y una canción desesperada (1924), nos conduce, dos años después, a los crípticos y herméticos versos surrealistas de Tentativa del hombre infinito, que, en el año 1933, culminaría en la poesía oscura y pesimista (aunque su autor estuvo muy lúcido ante la significación y fama que este libro le podría otorgar) de Residencia en la tierra. Así como es el impacto y fama que provoca este texto en la vanguardia latinoamericana, en 1949

y después de haber ingresado al P.C., prohíbe su publicación y traducción, en otra vuelta de tuerca de su estilo, que lo conduce a la función social de la poesía, coherente con su compromiso político y adhiriéndose a las férreas banderas de la Rusia estalinista, como ya había quedado refrendado en su «Canto a Stalingrado» y en «Nuevo canto de amor a Stalingrado». En 1950, en la clandestinidad y proscripción en Chile, lo que otorga un nuevo ingrediente a su popularidad, publica su épico Canto general, culminando magistralmente su nuevo giro poético: cambia su sistema expresivo, su vocabulario; el lenguaje es elevado y sencillo a la vez; la sintaxis se aclara; está muy consciente de su nueva responsabilidad, ahora escribe para persuadir al lector.

Posteriormente, y para enojo de los críticos, Neruda descoloca a la mayoría de sus lectores con la publicación de sus Odas elementales (1950) y Estravagario (1958), llevando al límite el habla coloquial de las cosas cotidianas que ya Nicanor Parra había adelantado.

Después de todos estos avatares poéticos y vivenciales de nuestro poeta, que lo conducen en sus últimos trabajos a un existencialismo pesimista, como volviendo a lo que antaño fue mera moda, debemos recapitular ante nuestro actual quehacer frágil para darnos cuenta que los senderos son disímiles y abruptos a veces, pero que al final todos nos conducen inexorablemente al mar de lo cotidiano y hacia la cansada tierra, al decir de Borges. Y ahora, nuestra plena madurez nos recuerda día a día que han pasado 20 años, como si nada, pero que nuestro cuerpo que se deja oír con más insistencia, nuestra precaria memoria y nuestro maltrecho corazón, nos lo recuerdan con la nostalgia activa del seguir produciendo, tratando de poetizar la vida al máximo, de poner la vida en palabras, aunque sea a punta de mandobles a diestra y siniestra, como queriendo forzar los porfiados cambios que no se nos otorgan ni tampoco podemos lograr por nuestros medios, culminar seguramente como dijo Neruda un día:

«Por eso en estos cortos días,
No voy a tomarlos en cuenta,
Voy a abrirme y voy a encerrarme
Con mis pérfido enemigo,
Pablo Neruda».-

MANUEL RAMIREZ CALDERÓN
INTEGRANTE GRUPO FRAGUA

Neruda en la Fragua [artículo] Manuel Ramírez Calderón

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Calderón, Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Neruda en la Fragua [artículo] Manuel Ramírez Calderón

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile